

## XXXII.

## JUNTO AL SOLAR DE ERCILLA.

Una hermosa tarde de Agosto se agolpaba á las costas de Guipúzcoa y Vizcaya, desde Zarauz á Bermeo, aquel honrado pueblo que hacía más de veinticinco años habia jurado lealtad á la reina D.<sup>a</sup> Isabel II, y habia cumplido lealmente su juramento, aunque continuos atentados por parte de los gobernantes á sus venerandas libertades, y continuos ejemplos de rebelion por parte de los gobernados, habian conspirado aquende el Ebro para que le quebrantase. Aquella muchedumbre de gentes acudia á las costas del Océano á saludar y aclamar á la Reina, cuyo gran corazon era extraño á las injusticias é ilegalidades que iban reduciendo á la nada las seculares libertades del pueblo vascongado (1).

(1) Como es general la creencia de que en estos últimos treinta y cinco años nadie ha pensado siquiera en mermar las libertades vascongadas, y hasta alguno de nuestros escritores y estadistas más ilustres lo ha asegurado bajo su firma, conviene decir aquí: que por una ley hecha en Córtes en 1839 se confirmaron solemnemente los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, sin más limitacion que la cláusula de «salva la unidad constitucional de la monarquía»; que ántes de procederse á la votacion de la ley se declaró que aquella cláusula sólo significaba «unidad de monarca y unidad de parlamento», y que sin embargo de esto y de haber permanecido el pueblo vascongado, hasta dos años despues de la revolucion de 1868, constantemente pacífico y sumiso al Gobierno de la nacion, á pesar del mal ejemplo que

La nave real dobló el cabo de Ogoño, y dió vista á la histórica isla de Izaro y á la foral Bermeo, que tan insignes recuerdos guardan de los reyes de Castilla, que, como señores de Vizcaya, iban á prestar el juramento foral en la iglesia de Santa Eufemia de Bermeo, y á orar y prodigar sus piadosos dones en el monasterio de Izaro, islita siempre verde y cubierta de flores que cubren las santas ruinas del monasterio, y amada de Isabel la Católica, á cuya liberalidad se debió la construccion de una gran escalinata de piedra, que aún se descubre entre la espuma de las olas y el césped hollado por la fecunda planta de la gran reina.

Isabel II desembarcó en Bermeo entre las entusiastas y unánimes aclamaciones del pueblo, y despues de permanecer en la noble y anciana patria de los Ercilla has-

le daban las frecuentes rebeliones aquende el Ebro, incluidas las carlistas, que duraron años enteros en Cataluña y el Maestrazgo, se habia ido destrozando, hoja por hoja, el código de las libertades vascongadas con pretexto de la unidad constitucional, sustituyendo casi toda la legislacion foral con la general del reino. Ni siquiera se habia respetado aquella ley del Fuero que dice ser de los vizcaínos todo el territorio de Vizcaya, pues sustituyéndola con las leyes generales de desamortizacion y minas, el Gobierno se apoderó de los bienes propios de los pueblos y de las veneras de hierro, que son la mayor riqueza de Vizcaya, y lo fué vendiendo todo, atentando con la ley de minas hasta al sagrado solar de la familia, que aquella ley pone á disposicion del primer especulador, necio ó mal intencionado, á quien se antoje decir que encierra en sus entrañas un poco de mineral. Los propietarios que han querido prevenir estos atentados, despojos y profanaciones han tenido que apresurarse á denunciar y comprar sus mismas propiedades, y ¡hasta el suelo en que está edificada la casa de que toman apellido!

ta la hora en que el sol se escondia tras el santo peñon de Gaztelugache; tornó á la nave para regresar á Zaraus. Yo tenía la honra de hallarme á bordo de la misma nave, cuando dirigiendo la vista, para darles la despedida, á

«los anchos muros del solar de Ercilla,  
solar ántes fundado que la villa»,

como dijo el cantor de *La Araucana*, llamó mi atencion un movimiento de la muchedumbre agolpada al pié de aquella insigne torre que domina al puerto. Aquel movimiento tenía por objeto dejar paso á una mujer, que, sin hablar una palabra, decia á todos con sus lágrimas, con su fatiga, con su ánsia de llegar al muelle, que un inmenso dolor la conducia allí, donde estaba su única esperanza de encontrar el alivio.

Aquella mujer era Juana la de Inchaurre, cuya aparicion allí me explicaron despues de este modo: yo habia escrito á D.<sup>a</sup> Mari-Santa, por conducto de Leandro, que habia concebido un plan, á mi parecer eficacísimo, para conseguir de la reina el indulto, cuando ménos parcial, del pobre Severino; pero que la base de este plan era la ida de la Reina á Bilbao, que era cosa decidida, y en cuyo caso era indispensable que Juana estuviese en Bilbao. Túvose noticia en la invicta villa de que la Reina, con toda la real familia, habia emprendido aquella mañana una excursion á Bermeo, de aquellas que solia hacer sin anunciarlo previamente, deseosa de que los pueblos no le preparasen recibimiento alguno, pues eran los únicos que le agradaban aquellos tan espontáneos como entusiastas y hermosos que encontraba en todas partes,

y la pobre Juana, sin tiempo para consultar ni á la misma D.<sup>a</sup> Mari-Santa, que tanta parte tomaba en su dolor, y que á la sazón se hallaba en Santurce con toda su familia, creyó que la Reina habia sustituido el viaje á Bilbao con aquel viaje á Bermeo, y tomó inmediatamente el camino de esta última villa, atravesando á pié las montañas de Rigoitia para hacerle más corto, aunque fuese más penoso.

El proyecto que yo habia concebido era éste: La Reina, con cuyo nombre en el corazon y en los labios habia alcanzado la villa de Bilbao el título de Invicta, que ha ratificado despues con aquel mismo nombre, si no en los labios, en el corazon, y tenía muy presente una medalla en que aparecian ella, inocente niña aún, y su augusta madre, indicándole ésta aquella noble y heroica villa, como diciéndole: «¡Ese pueblo ha salvado la corona que ciñe tu frente de ángel!», la Reina daba grande y merecida importancia al recibimiento que le hiciese el pueblo bilbaíno, y como yo sabia que este recibimiento habia de ser sobremanera entusiasta, me dije: «El corazon de la Reina, que en toda ocasion es magnánimo y compasivo, estará en aquella ocasion más dispuesto que nunca á la magnanimidad y á la compasion. Resumiré sencillamente en un memorial la historia de los dolores maternales de Juana; cuando me parezca más oportuno, conduciré á la desgraciada madre á los piés de la Reina, madre tambien y de corazon tan compasivo como el de Mari-Santa; entregará á la Reina el memorial; la elocuencia de las desventuras que en él se relaten, recibirá inmenso realce con las

lágrimas y el mudo dolor de Juana y las palabras que á mí me dicte en aquel instante el corazón, ¡y nuestro triunfo será completo!»

Estaba yo por casualidad en el puente del buque real, donde á la ida me habia aconsejado bondadosamente la Reina que permaneciese, para que con la influencia de las suaves brisas marinas me molestase ménos el mareo á que sabía era muy propenso. Allí me vió Juana y desde allí la vi yo á ella, en el instante en que el buque se ponía en movimiento, al compas de las atronadoras aclamaciones del pueblo, que se extendía en oleada infinita, desde la orilla del mar á las laderas de Albóniga, y aún á las cúspides del Sollube, que coronaba.

La mirada que aquella desventurada mujer me dirigió, juntando las manos en ademán de súplica, encerraba dolor y desconsuelo cuya intensidad no hay pluma ni lengua humana que narre!

Alguna de las mil navecillas hermosamente engaladas y tripuladas por aquellos gallardos, valientes y generosos pescadores y marinos del litoral vizcaíno, que habian acudido de todos los puertecillos á saludar á los Reyes, á *erreguechúa* (el reyecito), como llamaban al príncipe de Asturias, cuya gracia y viveza les enamoraba, y á la infanta doña Isabel, cuya angelical modestia y cuyas largas trenzas de pelo hacían llorar de ternura y admiración á las sencillas aldeanas; alguna de aquellas navecillas, que debían tornar al puerto despues de acompañar al buque real hasta que éste doblase el cabo de Ogoño, se hubiera encargado gustosa de llevar á la pobre y desolada Juana una palabra de esperanza y con-

suelo con que yo le diese fortaleza para volver á su <sup>Reina fué tal,</sup> hogar; pero traspasado de dolor en presencia de su dolor y desconsuelo, no me ocurrió esta idea hasta que ya era imposible utilizarla. Lo único que me consoló fué una carta que dirigí á Leandro, apénas regresamos á Zarauz, encargándole que inmediatamente dijese á Juana que la Reina no desistía de visitar á Bilbao, y entónces pondríamos en práctica mi proyecto, encaminado á obtener el indulto de Severino.

## XXXIII.

## LA MADRE DE LAS MADRES.

Al fin se señaló el día en que la córte debía hacer su proyectado viaje á Bilbao.

Yo tenía mi familia en Zarauz, y tanto por no exponerla, como por no exponerme al mareo con navegación relativamente tan larga, determiné regresar con ella á Bilbao por tierra, y así lo hice, anticipando un día mi viaje al de la córte, que al fin tuvo que hacerle también por el ferro-carril, con motivo de haberse maleado casi repentinamente la mar.

Apénas llegué á Bilbao, fuí á ver á la familia de Gorostiza, que Francisco me dijo haberse trasladado á su casa de la Estufa, con motivo de la próxima llegada de la Reina á Bilbao, pues Mari-Santa profesaba entrañable adhesión á la Reina, no por afinidad política, pues en tales honduras no se metía ni se creía apta para me-